

“SUS HERIDAS NOS HAN CURADO” LA FUERZA CURATIVA DE LA DEBILIDAD

“La herida es el lugar por donde la luz entra en ti”

Ġalāl al-Dīn Rūmī

La historia de Grégoire Ahongbonon

Quisiéramos comenzar nuestra reflexión con un apunte biográfico. Gregoire Ahongbonon nació en Benín en 1953 y emigró a Costa de Marfil. De profesión mecánico perdió su negocio y esto le arrastró a una depresión que terminó por hacerle abandonar a su familia y vivir en la calle. Es esta situación, una experiencia espiritual le hizo encontrar su vocación: recoger a los que la enfermedad mental tenía marginados y maltratados en una sociedad que los despreciaba. Desde entonces se dedica a recoger enfermos mentales, darles un hogar digno y a concienciar de que poseen la misma dignidad que los sanos¹. Es a través de sus heridas como conoció la humanidad común que nos habita en una profundidad que habitualmente no percibimos: «Mientras haya un hombre o mujer encadenados, toda la humanidad estará encadenada», comenta habitualmente.

En esta historia podemos reconocer hasta qué punto nuestras heridas pueden convertirse en una fuente de luz que alumbramos nuestra conciencia y nuestra acción como gracia para los que nos rodean. E igualmente, en su persona puede intuirse la figura misma de Cristo cuyas heridas habitadas por Dios le harán conocedor, intercesor y salvador de los hombres, sus hermanos, pues es la carne herida de Jesús lo que da al Verbo eterno una densidad salvífica que no humilla a la humanidad con un paternalismo asfixiante, y a la vez la inserta en la misma vida de Dios.

Pretendemos apuntar en esta reflexión cómo situar la aportación propia que la Iglesia ofrece a un mundo donde la pobreza, sea esta del tipo que sea, es permanente, y en algunos casos insuperable.

Nuestro itinerario será el siguiente. En un primer momento nos detendremos en la situación de pobreza existencial que pertenece constitutivamente al ser humano, y en la tensión entre ocultación y conciencia de esta situación. Nos acercaremos luego a algunas experiencias cristianas donde el sufrimiento se convierte en un lugar de iluminación y solidaridad y, por tanto, queda redimido; y a Cristo como espacio personal de redención de esta pobreza. Finalmente, apuntaremos brevemente la consecuencia para la vida cristiana.

El desierto que nos habita

La pandemia que estamos sufriendo nos ha empujado a redescubrir una dimensión de nuestra vida que nuestra sociedad tecnificada del bienestar creía poder obviar, a saber, que somos criaturas vulnerables, acosadas de continuo, desde dentro y desde fuera de nosotros mismos por el fracaso, la degradación y la muerte. La incertidumbre ha pasado a ser un contenido de conciencia como hace tiempo no lo era, y desde ella parecen leerse todos los demás sucesos que se desarrollan en la vida social y personal, al menos en el occidente

¹ Cf. R. Casadei, *Gregoire. Cuando la fe rompe cadenas*, Encuentro 2019. Puede verse igualmente el documental “Los olvidados de los olvidados”, de *La noche temática de RTE* (<https://www.youtube.com/watch?v=OAVo2O06qVc>) (15-9-2021).

desarrollado². Una sociedad que creía haber controlado o que creía poder controlar la fragilidad propia de la vida, se ha venido abajo.

Sin embargo, *nihil novum sub sole*. De manera cíclica desastres naturales o sociales afectan a poblaciones y culturas. Las palabras de Jeremías frente a la destrucción de Jerusalén sirven para describir la conciencia que todos estos acontecimientos dejan a su paso: “*Mis ojos se deshacen en lágrimas, de día y de noche no cesan por la terrible desgracia que padece la doncella mi pueblo, una herida de fuertes dolores. Salgo al campo: muertos a espada; entro en la ciudad: desfallecidos de hambre; tanto el profeta como el sacerdote vagan sin sentido por el país*” (14, 17-18).

Estas situaciones tienen su correspondencia con situaciones personales que afectan de continuo la vida de los seres humanos a lo largo de sus días: violencias sufridas, fracasos personales, dependencias inhumanas, la vejez con su deterioro psíquico y corporal, las enfermedades graves, las enfermedades mentales, o la simple, pero muchas veces pesada, carga de una vida con límites que no sabemos integrar fácilmente.

Frente a estas situaciones en las que la realidad creada parece estar poseída de una lógica no solo mortal, sino también malévola y cínica, el ser humano siempre ha sentido, más allá de su conciencia creyente, un mandato absoluto que le impele a ordenar el mundo de forma que este sea un espacio habitable, un espacio protegido, un espacio humanizado. Para la conciencia creyente esta es la tarea que la humanidad ha recibido de Dios y que lleva inscrita en su propio ser, tal como se apunta en el relato de la creación cuando Dios pide al ser humano que *domine a su imagen* un mundo que lleva el caos en sus entrañas (Gn 1, 27-28). Es decir, para que el mundo continúe o sea de continuo un espacio donde la realidad no quede definida por el caos, Dios marca al hombre con una vocación última: la de ser su imagen, su representante.

Así pues, el creyente sabe que el mundo está en un proceso continuamente amenazado por fuerzas de muerte que deben ser sometidas e insertadas en una lógica de vida. Aquí se sitúa la acción humana sobre el mundo, el trabajo que los seres humanos deben realizar a imagen de Dios. Este trabajo no es sino el cuidado de la creación en todos sus ámbitos: la vida natural, la vida personal y la vida social. El creyente sabe que la creación, aunque está habitada por el Espíritu de Dios que inserta un destino armónico en la materia creada, aún no está concluida y se encuentra transida por fuerzas de muerte que deben ser situadas o sometidas al poder de la resurrección de Cristo (Filp 3, 10).

El creyente debe comprender que no encontrará en el mundo una vida consumada y que el intento de construir un paraíso en la tierra provoca la absolutización de dimensiones de la vida o de vidas particulares creando espacios de exclusión. Sabe que la vida está configurada por una materia en sí misma caótica, que debe ser ordenada de continuo sin que los hombres podamos hacerlo del todo ya que somos mortales, limitados, frágiles. Los seres humanos vivimos así en un equilibrio inestable que no siempre se sostiene.

Por eso, el trabajo del cuidado del mundo, dado como vocación al ser humano, no consistirá simplemente en la construcción de un orden protector de la vida, algo que evidentemente es necesario, sino también en el cuidado de la vida afectada por sufrimientos que el orden humano no es capaz de eliminar y que en muchas ocasiones él mismo crea. Esta segunda dimensión es especialmente significativa en la vida de la Iglesia. La acción mesiánica de Jesús de recuperar los ‘desechos humanos’ de la historia del mundo y de los

² Ch. André, “La incertidumbre invita a la sabiduría” y Y.-A. Thalmann, “Mantener la calma en tiempos de incertidumbre”, *Mente y cerebro* 108 (2021) 1-19.20-25.

hombres³, que Lucas señala en el discurso inicial de la sinagoga de Nazaret, muestra que la vocación humana de cuidado requiere no solo organizar el mundo de forma que ‘algunos’ puedan vivir una vida ‘protegida’, sino salvar el sentido de lo humano a través del cuidado de los que padecen el sufrimiento y la exclusión como marca del mundo y de la historia⁴.

Esta acción, que no siempre parece tener incidencia concreta en las estructuras de la vida del mundo, inscribe en la historia una ‘reserva escatológica’ que evita el olvido de los excluidos y, por tanto, la absolutización de los órdenes mundanos. Así pues, vemos que el cuidado de la creación y de la historia queda configurado en la propuesta cristiana como un cuidado que privilegia, a imagen de Dios mismo, a los sufrientes no integrados, situándose de continuo como polo de contraste con las vidas o sociedades satisfechas en su propio orden⁵. Este es uno de los lugares donde la Iglesia se manifiesta como “experta en humanidad”⁶, ya que apunta al reconocimiento de lo humano también en aquellos que los órdenes del mundo quieren invisibilizar.

Ahora bien, si nos fijamos en la enfermedad, que podríamos considerar como “metáfora de la condición humana”⁷, sabemos que esta no resulta fácil de reconocer y aceptar por el enfermo, como tampoco por los que le rodean que tienden habitualmente a ocultársela, dejando a este en una posición cada vez más marginal a la propia sociedad, como queda descrito de manera magistral en la novela de Tolstoi *La muerte de Ivan Illich*. Tal y como aparece en esta novela, es solo el siervo de Ivan Illich, que conoce las penalidades de una vida sometida, el que es capaz de ofrecer consuelo y aliento al protagonista a lo largo de su decadencia. Se apunta aquí un elemento que queremos subrayar: las heridas pueden transformarse en fuente de humanización cuando son aceptadas e integradas como parte de la vida, de forma que pueden regenerar las fuentes de una existencia verdadera realizada a imagen de Dios, así como de la fraternidad humana. Es en esta posibilidad antropológica de la fragilidad donde se va a asentar la acción radical de Cristo.

Así pues, la vida de los afectados por situaciones de crisis, también la del creyente, ni puede, ni debe quedar intacta cuando atraviesa estas situaciones que suponen siempre para ella una prueba impuesta por el propio ser. El Papa Francisco comentaba, en referencia a la pandemia provocada por el COVID que “de una crisis no se sale igual: o salimos mejores o salimos peores”⁸. En estas pruebas se puede avanzar hacia una relación verdadera con uno

³ “La subespecie de los no-existentes, los sobrantes, los excluidos”, los llama Jon Sobrino en la introducción a la segunda parte de su cristología: *La fe en Jesucristo. Ensayo desde las víctimas*, Madrid 1999, 15.

⁴ Cf. Papa Francisco, *Fratelli tutti*, Capítulo tercero: “Pensar y gestar un mundo abierto”.

⁵ Aquí se inscriben el anuncio de las bienaventuranzas que en Lucas queda marcados por el contraste entre el Reino que anuncia Jesús y un mundo de satisfechos que esconde a los sufrientes: “¡Ay de vosotros, los ricos, porque ya habéis recibido vuestro consuelo! ¡Ay de vosotros, los que estáis saciados, porque tendréis hambre! ¡Ay de los que ahora reís, porque haréis duelo y lloraréis!” (6, 24-25). Y de aquí procede igualmente la categoría de “opción preferencial por los pobres”, recibida en la Iglesia universal a partir de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Puebla en 1979.

⁶ Pablo VI, *Discurso a la organización de las Naciones Unidas en 1965* (https://www.vatican.va/content/paul-vi/es/speeches/1965/documents/hf_p-vi_spe_19651004_united-nations.html. Consultado el 19-10-2021).

⁷ D. Innerariti, “Antropología del hombre enfermo. La enfermedad como metáfora de la condición humana”, en: E. Anrubia (ed.), *La fragilidad de los hombres. La enfermedad, la filosofía y la muerte*, Madrid 2008, 91-102.

⁸ Videomensaje del santo padre Francisco con ocasión de la 75 asamblea general de las Naciones Unidas el 25 septiembre 2020 (Cf. https://www.vatican.va/content/francesco/es/messages/pont-messages/2020/documents/papa-francesco_20200925_videomessaggio-onu.html)

mismo, con los demás y con Dios o frustrarse la humanidad de nuestra vida⁹. Por eso, estas situaciones deben convertirse, en la medida de lo posible, en una estación de discernimiento que para el creyente tiene a Cristo como modelo.

El cristianismo como propuesta de salvación dramática

El cristianismo es una propuesta de vida que lleva al ser humano hasta el límite de la angustia en vez de protegerle de ella; que obliga al creyente a afrontar y cargar con la propia cruz, e incluso con la de los demás, para encontrar el verdadero suelo firme de una existencia consumada. Es en esta situación donde se ofrece al ser humano una paradójica compañía salvífica, la compañía de alguien que conoce la angustia como él, pero que está lleno de una vida que puede compartir.

En la confrontación de Kierkegaard con la Iglesia danesa de su tiempo este fue quizá el nudo gordiano de tensión. El filósofo denunciaba la prisa del obispo por sacar de la angustia a los creyentes con un consuelo que no asumía la radical pobreza de la existencia y, por tanto, desustanciaba al cristianismo como oferta salvífica. Solo en la angustia, pensaba el filósofo, conocemos quién somos. Solo en ella encontramos el camino de la salvación. No hay experiencia de la salvación y consuelo sino al contacto con el abismo de la desesperación¹⁰.

Algunas figuras de fe manifiestan ejemplarmente esta paradoja creyente:

- La queja de *Job*, encerrado en su cuerpo herido, se muestra como camino verdadero hacia Dios. Se trata de una queja casi blasfema que, si bien es rechazada por Dios en sus contenidos a través de preguntas que reducen a Job a su pequeñez creatural (Job 38 1,1ss), es finalmente acogida como palabra verdadera hacia él por Dios mismo (Job 42, 7). Es en ese momento antes de que el libro se cierre volviendo a la antigua perspectiva de la teología retribucionista, cuando Job se sabe salvado incluso antes de ser curado.
- Pensemos igualmente en *San Juan de la Cruz* arrojado a una celda, realmente un zulo, por sus hermanos de orden, como sucediera con José o Jeremías, y abandonado casi a la muerte, si no física muy cercana, sí de su vocación y, de esta manera, de su identidad. Es en esta situación angustiosa, en medio de la debilidad física extrema, de la suciedad y del desprecio cuando se le regala una sublime experiencia de Dios, tal y como reflejará el *Cántico espiritual* y otros poemas que compuso, en su

⁹ “The psychologists and the theologians, the poets and the mystics, assure us that impasse can be the condition for creative growth and transformation if the experience of impasse is fully appropriated within one's heart and flesh with consciousness and consent; if the limitations of one's humanity and human condition are squarely faced and the sorrow of finitude allowed to invade the human spirit with real, existential powerlessness; if the ego does not demand understanding in the name of control and predictability but is willing to admit the mystery of its own being and surrender itself to this mystery; if the path into the unknown, into the uncontrolled and unpredictable margins of life, is freely taken when the path of deadly clarity fades” (C. Fitzgerald, “Impasse and Dark Night”, en: T. H. Edwards, *Living with Apocalypse. Spiritual Resources for Social Compassion*, San Francisco 1984, 93-116 (96). Tomado de: https://www.baltimorecarmel.org/wp-content/writings/CF_Impasse_and_Dark_Night.pdf (15-9-2021).

¹⁰ “No hay más que una vida desperdiciada, la del hombre que vivió toda su vida engañado por las alegrías o los cuidados de la vida; la del hombre que nunca se decidió con una decisión eterna a ser consciente de en cuanto espíritu, en cuanto yo; o, lo que es lo mismo, que nunca cayó en la cuenta ni sintió profundamente la impresión del hecho de la existencia de Dios y que «él», él mismo, su propio yo existía delante de este Dios, lo que representa una ganancia infinita que no se puede alcanzar si no es pasando por la desesperación” (*La enfermedad mortal*, Madrid 2008, 48).

estructura básica, allí mismo¹¹.

- De la misma manera *Dietrich Bonhoeffer*, encerrado en una prisión en un tiempo donde el poder del mal pareció más fuerte que el de Dios, escribe la profunda oración *Reina en mí la oscuridad...*¹², que describe su propia experiencia de angustia en la que Dios se revela como salvador sin modificar la situación exterior.
- La última experiencia que quisiéramos apuntar es la del hombre que ha tomado conciencia del abismo de un pecado del que no se puede librar, y sin embargo lo sabe sobrepasado por gracia. La figura evangélica que lo representa es la del *malhechor crucificado* junto a Jesús (Lc 23, 40-43). Pero quien lo ha convertido en un principio de espiritualidad ha sido San Silouan el Athonita: “Mantén tu espíritu en el infierno y no desesperes”¹³.

Estas experiencias, que se dan de manera sencilla y oculta en muchos cristianos, nuclean la fe cristiana ya que la salvación llega siempre como sobrepasamiento de las posibilidades del mundo, ofreciendo lo que este anhela, pero no se puede dar a sí mismo. Este es el núcleo de lo acontecido en el misterio pascual de Cristo que se da a participar como acontecimiento de salvación. Por eso es en el contacto con este acontecimiento donde se recibe el fundamento último de la vida eterna que libra al ser humano de su miedo a la limitación y a la muerte.

La debilidad de Cristo como acontecimiento salvífico

La afirmación del descenso de Cristo a los infiernos y, más aún, la resurrección como ascenso desde los infiernos¹⁴, confirma la radicalidad salvífica del ministerio de Jesús en este contexto. “Conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, se hizo pobre por vosotros para enriqueceros con su pobreza” (2 Cor 8, 9), dice san Pablo convirtiendo el acontecimiento en una sentencia de fe.

Ciertamente, a lo largo de su ministerio Jesús ha trabajado por crear un orden de vida donde los excluidos fueran arrancados del caos social que se los tragaba desidentificándolos y anulando su presencia en el mundo. Ahora bien, este ministerio se desarrolla, asumiendo la vida frágil y acosada de lo creatural.

Con su nacimiento (con su encarnación) queda definido como *hermano de carne y*

¹¹ Cf. F. Ruiz (dir.), *Dios habla en la noche. Vida palabra ambiente de san Juan de la Cruz*, Madrid 1990, 157-188: “Noche oscura. Transfiguración en Toledo”.

¹² “¡Oh Dios! A ti te invoco al inicio del día./ Ayúdame a orar/y a concentrar mis pensamientos en ti;/no lo logro por mí mismo./Reina en mí la oscuridad/pero en ti está la luz;/estoy solo, pero tú no me abandonas;/estoy desalentado, pero en ti está ayuda;/estoy intranquilo, pero en ti la paz;/la amargura me domina, pero en ti está la paciencia;/no comprendo tus caminos, pero/tú sabes el camino para mí” (*Resistencia y sumisión. Cartas y apuntes desde el cautiverio*, Salamanca 2008, 105). Poco antes de morir escribía: “Nuestra alegría se oculta en el dolor, nuestra vida en la muerte” (Citado por E. Bethge, *Dietrich Bonhoeffer. Teólogo-cristiano-hombre actual*, Bilbao 1970, 1245).

¹³ “Sin esta experiencia del descenso al infierno, es imposible conocer verdaderamente lo que es el amor de Cristo, su Gólgota y su resurrección” (Archimandrita Sophronio, *Escritos de san Silouan el Athonita*, Madrid 1996, 192). Jean Lafrance explica esta frase del siguiente modo: “Se trata de tomar conciencia de que el infierno no es tan solo una realidad objetiva, sino de que cada uno de nosotros está en el infierno, en la medida en que está separado de Dios, de los demás y de sí mismo. El infierno es esta división que experimento en mí, no haciendo el bien que quiero, haciendo el mal que no quiero” (*El poder de la oración*, Madrid 2000, 73).

¹⁴ Cf. A. Gesché, “L’agonie de la Résurrection ou la Descente aux Enfers”, *Revue théologique de Louvain* 25 (1994) 5-29.

sangre en el espacio no solo de la actividad humana, sino también en el de su pasividad (Filp 2, 6-8). Aparece como uno más, habitado por la pobreza existencial propia de lo humano, como se describe al inicio de su ministerio en el episodio de las tentaciones, amenazado por las fuerzas de la degradación y acosado por los poderes desidentificadores del odio de la historia (Mt 4, 1-11; Lc 4, 1-13). En esta situación, que arrancará de él “gemidos y llanto” (Hb 5, 7), va a recoger en sí y acompañar a un mundo “sometido a la frustración” (Rom 8, 20).

La apropiación de esta situación le da la posibilidad de convertirse en *intercesor* último y radical de los hombres. Esta intercesión no será ya una palabra extraña al sufrimiento, sino el mismo sufrimiento humano que clama por su redención en el interior de Dios. Inserto en la vida misma de Dios el cuerpo herido de Cristo suplica ser transformado definitivamente en el interior de la vida de Dios (1Cor 15, 28). Algo de esto apuntaba Pascal cuando afirmaba que “Jesús estará en agonía hasta el fin del mundo”¹⁵. De esta manera, la intercesión de Cristo se hace esperanza de salvación para el hombre.

Además, la vivencia fiducial y solidaria de su debilidad le convierte en *mistagogo*, en un camino de acceso a Dios desde el interior de su contrario: las tinieblas. En la carta a los Hebreos Jesús es presentado como consumidor de la fe salvífica, y su itinerario sufriente se convierte en una fuente de aliento y esperanza para el creyente (Hb 12, 1-3). Esta idea es llevada al límite por Pablo cuando habla de morir con Cristo para resucitar con él (Rom 6, 8; 2Tim 2, 11-13).

Así pues, para el creyente, la debilidad histórica de Jesús y la memoria permanente de esta son un lugar de acogimiento, sentido y futuro, como puede reconocerse en la oración de los pobres y humillados ante la cruz.

La pobreza de Cristo marca así un camino a la acción de la Iglesia. Esta no debe quedar identificada simplemente como un poder de cuidado del mundo, es decir, de ordenación y reforma del mundo, sino que está llamada igualmente a entrar en su propia pobreza y sufrimiento y, desde ella, alumbrar un camino de acompañamiento comprensivo, acogedor y alentador para la humanidad que ayude a acoger no solo las riquezas de la vida, sino también su pobreza existencial como lugar de realización de la existencia.

Epílogo. “Vosotros sois la luz del mundo”

En este camino que atraviesa la pobreza existencial y el sufrimiento y lo convierte en cuidado de los demás a imagen de Dios, es francamente significativa la experiencia de Juliana de Norwich, que algunos han recuperado en este tiempo de reclusión al que nos ha obligado la pandemia¹⁶. El lugar de su experiencia mística es una enfermedad que la pone en manos de la muerte y de la que comienza a recuperarse cuando un sacerdote coloca un crucificado entre sus manos. Es entonces, cuando deja de luchar contra la muerte al comprender la ternura del amor crucificado de Cristo por ella, cuando es devuelta a la vida para que acompañe a todos con este mensaje: “All shall be well and all manner of thing shall be well”. Un mensaje que no debe reducirse a una afirmación ingenua e irreal de que todo se solucionará, sino que debe leerse como una reedición de la aclamación paulina de Rom 8, 35-39: “Estoy convencido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor” (8,35-39); o de aquella

¹⁵ *Pensées*, "Le mystère de Jésus", 553.

¹⁶ Puede verse, por ejemplo, el libro de Michael Fox, *Julian of Norwich: Wisdom in a Time of Pandemic-And Beyond*, Bloomington 2020.

afirmación del Jesús joánico: “Os he hablado de esto, para que encontréis la paz en mí. En el mundo tendréis luchas, pero tened valor: yo he vencido al mundo” (Jn 16, 33).

Su vida encerrada, después de conocer en primera persona el dolor y la agonía, se convierte en un manantial de esperanza evangélica en un entorno plagado de guerras y pestes, con la pobreza y el dolor que siempre traen consigo.

La Iglesia y el creyente deben dejarse llevar a este lugar de pobreza radical y adquirir allí aquella humildad que, paradójicamente, los reviste de una fuerza igualmente radical y los convierte en luz para el mundo. Es este el misterio pascual el que debe realizarse, de una u otra manera, en cada creyente y en la misma Iglesia. Hablando aquí, en Moscú, no puedo dejar de recordar que este camino fue el que recorrió con su vida herida por dentro y por fuera Dostoievski haciéndose testigo, con su literatura, de la luz que vence a las tinieblas¹⁷.

Francisco García Martínez

¹⁷ “El 14 de abril de 1867... Dostoievski lleva a su esposa al museo para mostrarle la *Madonna Sixtina* de Rafael. Él cree que este cuadro ilustra perfectamente la idea de que el sufrimiento engendra la belleza.; es lo mismo que *él persigue en sus novelas, en las que los personajes encuentran a través de la desgracia un esplendor moral purificado de todo aquello que es feo, vulgar, sucio, miserable*” (V. Tanase, *Dostoievski*, Barcelona 2021, 146. Los subrayados son nuestros).